

## De nuevo un punto fundamental

Hace muy poco se ha celebrado en París el Primer Congreso Nacional de Enseñanza Religiosa. Con esta ocasión Monseñor A. Della'Acqua, que desempeña las funciones del Secretario de Estado, envió en nombre de Pío XII una carta al Congreso, sobre la enseñanza religiosa.

Dice así esta carta en uno de sus párrafos: «La Iglesia considera esta misión —y muy justamente— como primordial y sagrada, y es satisfactorio que jamás haya cesado, desde sus orígenes, de ser misionera en todos los rincones y en todos los medios que ignoran el mensaje de salvación. Pero esta misma misión le confiere también el deber de dar a todas las generaciones cristianas una enseñanza de la fe plenamente adaptada a sus necesidades y capaz de asegurar el crecimiento de una vida religiosa esclarecida y brillante. Por lo demás esta enseñanza debe ser en nuestros días más sólida y reflexiva, coordinada y perseverante, ya que, por desgracia, los hijos de la Iglesia son llamados a crecer y vivir a menudo en una atmósfera que no es cristiana, a veces apenas humana, y que, por otra parte, el mundo moderno ofrece a un mayor número, grandes posibilidades de estudios profanos».

Hacíamos notar en un Editorial del año pasado (nº 11, julio-septiembre de 1954) que la realidad patente ante nosotros, si no queremos verdarnos los ojos, es que no posee nuestra sociedad moderna una enseñanza superior bien organizada en las materias que más decisivamente influyen en su porvenir: las materias de su fe y religión.

La mayor parte de nuestros hombres de carrera y doctorados, apenas saben más, que lo que aprendieron en la segunda enseñanza. ¿Por qué nos sorprendemos entonces de que sucedan las cosas que suceden? Ciertamente, no basta «saber», para «hacer» y «querer»: pero es una gran ayuda, un inmenso don. Y sin embargo, lo postergamos como cosa de menor importancia. Parece que para muchas personas sólo cuentan las obras de misericordia corporales; y no recuerdan que hay también otras obras de misericordia espirituales, una de las cuales es «enseñar».

•Y entonces sucede que algunos jovencitos, de indudable bue-

na voluntad, pero enteramente incapaces de abordar los problemas de hoy día con criterio católico, ofrecen el triste espectáculo de su pobreza espiritual, cuando imaginan que como otros qui-jotes han venido al mundo para desfacer entuertos. Otros, sin saber jerarquizar los temas según su importancia y valor, desechan el todo, por el defecto de una parte, como aquellos muchachos de una república centroamericana que tiraban un magnífico coche porque no se cerraba bien el capote del motor. Así no pocos de nuestra patria, a través de la palabra de «rebeldía», de «superación», de «actualidad», y otras muchas que se repiten, son no menos inconscientes, y echan por la borda los valores eternos, en cuyo logro estamos encaminados, con pretexto de los defectos inherentes a todo lo humano, que su falta de formación no sabe jerarquizar.

Pero, ¿por qué damos la culpa a estos jóvenes, si somos nosotros, los hombres de la generación de la guerra, quienes habíamos debido darles esta preciosa enseñanza superior de los tesoros de nuestra fe, y no se los hemos ofrecido? No seamos optimistas en exceso: preguntémosnos, ¿funciona bien la enseñanza religiosa en la Universidad? ¿es suficiente la que se da en la segunda enseñanza? ¿hay medios para que el católico ya maduro de edad, tenga a su alcance este precioso lastre sin el cual se moverá como cáscara vacía, al menor impulso de cualquier atrevido revolucionario o aventurero?

Creo que ya no puede hablar más claro de lo que ha hablado, el Sumo Pontífice, como por ejemplo en junio de 1953, dirigiéndose a jóvenes intelectuales: «es hoy una verdadera necesidad conocer bien este mundo de las verdades perpétuamente válidas y eternas, y poseerlas cada vez con mayor profundidad, como también toda la riqueza de nuestra Fe. La enseñanza religiosa que recibisteis en vuestra juventud, por excelente que haya podido ser, no basta, ni para vuestra madurez, ni para los nuevos problemas que de entonces acá han surgido y se han colocado en primer plano» (*Ecclesia*, nº 621, pág. 621-622).

La revista ESPIRITU, como órgano de difusión o boletín de las actividades del INSTITUTO FILOSOFICO DE BALMESIANA, enteramente dedicado a la gran misión del cultivo de la cultura católica superior en un terreno de los más decisivos, deja constancia aquí de la grave necesidad en que estamos en lo tocante a la formación o enseñanza religiosa superior, como premisa indispensable si queremos ver a una España de veras católica.

No decimos esto con pesimismo (sería injusto olvidar todo lo que ya se hace y poseemos); tampoco lo decimos en son de escándalo; lo decimos manifestando un anhelo vivísimo y hondo: que sea un hecho la enseñanza católica superior.